

Las implicaciones sociales del "revisiónismo" freudiano

Por Herbert MARCUSE

El psicoanálisis ha cambiado su función en la cultura intelectual de nuestro tiempo de acuerdo con los cambios sociales fundamentales que tuvieron lugar durante la primera mitad del siglo. El colapso de la era liberalista, la propagación del sistema totalitarista y los esfuerzos para detener su expansión, se reflejan en la posición del psicoanálisis. Durante sus veinte años de desarrollo después de la Primera Guerra Mundial, el psicoanálisis elaboró los conceptos para la crítica psicológica del más altamente apreciado logro de la era moderna: el individuo. Freud demostró que la compulsión, la represión* y la renuncia eran los elementos de que estaba hecha la "libre personalidad"; reconoció la "infelicidad general" de la sociedad como los límites insuperables de la salud y la normalidad. El psicoanálisis era una teoría radicalmente crítica. Después, cuando la Europa Central y del Este pasaron por los levantamientos revolucionarios, se hizo claro hasta qué punto el psicoanálisis estaba todavía comprometido con la sociedad cuyos secretos revelaba: la concepción psicoanalítica del hombre, con su fe en la incambiabilidad básica de la naturaleza humana, se reveló como "reaccionaria": las teorías freudianas parecían implicar que los ideales humanitarios del socialismo eran humanamente inalcanzables.

Entonces, las revisiones del psicoanálisis empezaron a adquirir importancia. Puede ser tentador hablar de un ala izquierda y una derecha. El intento más serio de desarrollar la teoría social crítica implícita en Freud se encuentra en los primeros ensayos de Wilhelm Reich. En su *Einsbruch der Sexualmoral* (1931), Wilhelm Reich subrayó el grado hasta el cual la represión sexual era provocada por los intereses de dominación y explotación, y el grado en que a su vez estos intereses eran reforzados por la represión sexual. Sin embargo, la concepción de la represión sexual de Reich permaneció indiferenciada, la dinámica histórica de los instintos sexuales y su fusión con los impulsos destructivos fue descuidada (Reich rechaza la hipótesis de Freud del Instinto de la Muerte y toda la profunda dimensión revelada en la metapsicología final de Freud). Consecuentemente, la liberación sexual *per se* llega a ser para Reich una panacea para los males individuales y sociales. El problema de la sublimación es minimizado; no se hace ninguna distinción esencial entre la sublimación represiva y la no represiva, y el progreso en la liberación aparece como

* "Represión", "represivo" son usados en este artículo en un sentido no técnico, para denotar los procesos conscientes e inconscientes, externos e internos de restricción, contención y represión.

una mera liberación de la sexualidad. Las apreciaciones de crítica sociológica contenidas en los primeros ensayos de Reich son anuladas así; prevalece un restante primitivismo que anticipa las salvajes y fantásticas ocurrencias de los últimos años de Reich.

En el "ala derecha" del psicoanálisis, la psicología de Carl Jung se transforma muy pronto en una oscurantista pseudo-mitología.¹ El "centro" del revisionismo toma forma en las escuelas culturales e interpersonales, que son hoy la rama más popular del psicoanálisis. Vamos a tratar de demostrar que en estas escuelas la teoría psicoanalítica se convierte en una ideología: la "personalidad" y sus potencialidades creativas son resucitadas ante una realidad que tiene todo, pero elimina las posibilidades para la personalidad y su realización. Freud ha reconocido la obra de la represión en los más altos valores de la civilización occidental — ellos presuponen y perpetúan la falta de libertad y el sufrimiento; las escuelas neofreudianas propagan los mismos valores como cura contra la falta de libertad y el sufrimiento: como el triunfo sobre la represión. La hazaña intelectual se realiza expurgando la dinámica instintiva y reduciendo su participación en la vida mental. Purificada así, la psiquis puede ser redimida otra vez por la ética idealista y la religión; y la teoría psicoanalítica del aparato mental puede ser reescrita como una filosofía del espíritu. Al hacer esto, los revisionistas descartaron los métodos psicológicos de Freud que eran incompatibles con la anacrónica reposición del idealismo filosófico; precisamente los métodos con los cuales Freud había descubierto las explosivas raíces instintivas y sociales de la personalidad. Además, a los factores secundarios y relaciones (entre persona madura y su ambiente cultural) se les ha dado ahora la categoría de procesos primarios, realizando un cambio en la orientación proyectado para subrayar la influencia de la realidad social en la formación de la personalidad. Sin embargo, nosotros creemos que con este cambio de énfasis sucede exactamente lo contrario: el impacto de la sociedad en la psique es debilitado. Mientras Freud, centrando sus investigaciones en las vicisitudes de los instintos primarios ha descubierto a la sociedad en los más ocultos yacimientos de la especie y el hombre individual, los revisionistas, apuntando hacia la forma preparada de antemano antes que al origen de las instituciones y relaciones sociales, no llegan a comprender lo que estas instituciones y relaciones sociales le han hecho a la personalidad que supuestamente deberían satisfacer. Confrontada con las escuelas revisionistas, la teoría de Freud asume ahora un nuevo significado: revela



"los revisionistas descartaron los métodos psicológicos de Freud"

más que nunca la profundidad de su crítica y —quizás por primera vez— los elementos contenidos en ella que trascienden el orden prevaleciente y ligan la teoría de la represión con la de su abolición.

El fortalecimiento de esta liga fue el impulso inicial detrás del revisionismo de la escuela cultural. Los primeros artículos de Erich Fromm están dedicados a tratar de liberar la teoría de Freud de su identificación con la sociedad de hoy, a agudizar las nociones psicoanalíticas que revelan la conexión entre las estructuras instintivas y las económicas y al mismo tiempo indicar las posibilidades de progreso más allá de la cultura adquirida centrándose alrededor de la figura patriarcal. Fromm acentúa el contenido sociológico de la teoría de Freud: el psicoanálisis entiende el fenómeno sociopsicológico como

un proceso de ajustamiento activo y pasivo del aparato instintivo a la situación económica y social. El aparato instintivo en sí mismo es —en algunas de sus bases— un dato biológico, pero modificable en un alto grado; las condiciones económicas son los primeros factores modificantes.²

Fundamentalmente la organización social de la existencia humana descansa sobre deseos y necesidades básicas de la libido: altamente plásticos y moldeables, ellos son formados y utilizados para “unir” a la respectiva sociedad. Así, en lo que Fromm llama la sociedad creada alrededor de la figura del padre, los impulsos de la libido y su satisfacción (y su desvío) están coordinados con los intereses de dominación y por esto se convierten en una fuerza estabilizadora que ata la mayoría a la minoría gobernante. La ansiedad, el amor, la confianza, inclusive el impulso hacia la libertad y la solidaridad con el grupo al que uno pertenece llegan a servir a las relaciones económicamente estructuradas de dominación y subordinación.³ Con la misma moneda, sin embargo, los cambios fundamentales en la estructura social provocarán cambios correspondientes en la estructura instintiva. Con la histórica caída en desuso de una sociedad establecida, al crecer sus antagonismos interiores, las tradicionales ligas mentales se debilitan:

Las fuerzas de la libido se liberan con las nuevas formas de utilización y así cambian su función social. Ahora ya no contribuyen más a la preservación de la sociedad, sino que luchan por la construcción de nuevas formas sociales; dejan, como quien dice, de ser cemento y se convierten en dinamita.⁴

Fromm llevó adelante esta concepción en su artículo sobre “El significado sociopsicológico de la Teoría del Matriarcado”.⁵ Los propios descubrimientos de Freud sobre el carácter histórico de las modificaciones de los impulsos invalidan su ecuación sobre el Principio de la Realidad con las normas de la cultura centrada sobre la figura del padre. Fromm enfatiza que la idea de una cultura matriarcal —sin tener en cuenta su mérito antropológico— anuncia un Principio de la Realidad relacionado no con el interés de dominación, sino con la gratificación de relaciones de la libido entre los hombres. La estructura instintiva demanda más que previene el levantamiento de una civilización libre basada en los logros de una cultura patriarcal, pero a través de la transformación de sus instituciones:

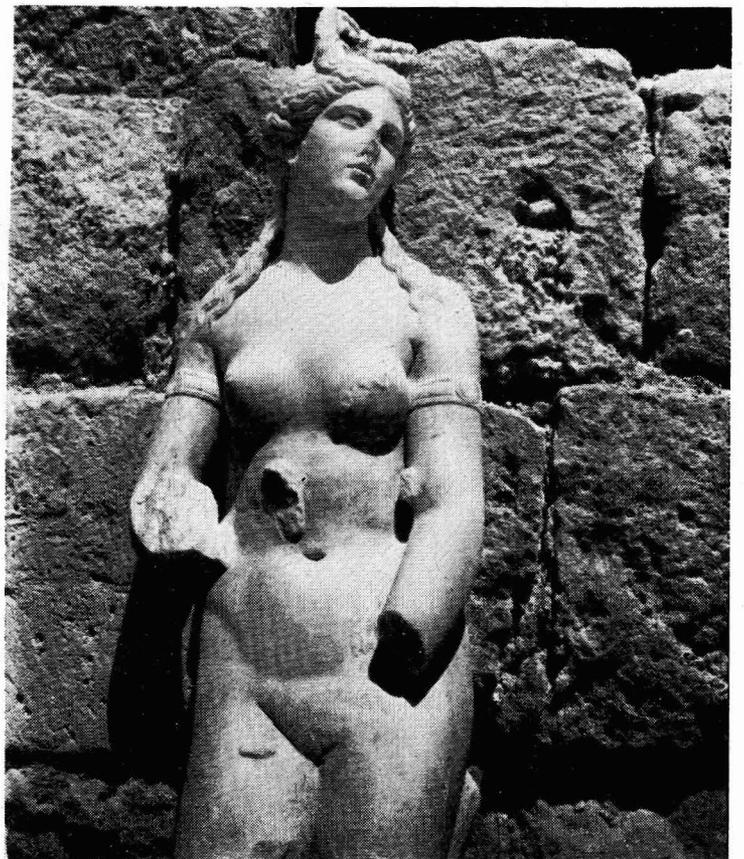
La sexualidad ofrece una de las más elementales y fuertes posibilidades de gratificación y felicidad. Si estas posibilidades fueran permitidas dentro de los límites impuestos por la necesidad del desenvolvimiento productivo de la personalidad antes que por la necesidad de dominación de las masas, la realización de esta única felicidad fundamental llevaría forzosamente a un aumento en la búsqueda de la gratificación y de la felicidad en otras esferas de la existencia humana. La realización de esta búsqueda requiere la disponibilidad de los medios materiales para su satisfacción y debe por lo tanto provocar la explosión del orden social prevaleciente.⁶

El contenido social de la teoría de Freud se hace manifiesto: agudizar los conceptos psicoanalíticos significa agudizar su función crítica, su oposición a la forma prevaleciente de la sociedad. Y esta función de crítica sociológica del psicoanálisis se deriva del papel fundamental de la sexualidad como una “fuerza productiva”; los impulsos de la libido mueven el progreso hacia la libertad y la gratificación universal de las necesidades humanas más allá del estado centrado sobre la figura del padre. Recíprocamente, el debilitamiento de la concepción psicoanalítica, y en especial de la teoría de la sexualidad,

debe llevar al debilitamiento de la crítica sociológica y a una reducción de la sustancia social del psicoanálisis. Contra lo que parece, esto es lo que ha pasado en las “escuelas culturales”. Paradójicamente (pero sólo en apariencia), tal desarrollo fue la consecuencia de las mejoras en la terapia.

Fromm ha dedicado un admirable ensayo a “Las condiciones sociales de la terapia psicoanalítica” en el que muestra que la situación psicoanalítica (entre el analista y el paciente) es una expresión específica de “tolerancia burguesa-liberal” y como tal depende de la existencia de esa tolerancia en la sociedad. Pero detrás de la tolerante actitud del analista “neutral” se esconde “el respeto por los tabús sociales de la burguesía”.⁷ Fromm traza la efectividad de estos tabús en el mismo centro de la teoría freudiana, en la posición de Freud hacia la moralidad sexual. Con esta actitud, Fromm contrasta otra concepción de la terapia, formulada por primera vez quizás por Ferenczi, de acuerdo con la cual el analista rechaza los autoritarios tabús patriarcales y entra en una posición positiva mejor que neutral con el paciente. La nueva concepción es caracterizada principalmente por una “incondicional afirmación de la aspiración a la felicidad del paciente” y la “liberación de la moral de configuración ligada con los tabús”.⁸ Sin embargo, con estas demandas, el psicoanálisis se enfrenta a un inevitable dilema. La “aspiración a la felicidad”, si se afirma verdaderamente, agrava el conflicto con una sociedad que sólo permite una felicidad controlada, y la exposición de los tabús morales extiende este conflicto hasta convertirlo en un ataque a los fundamentos vitales que protegen a la sociedad. Esto puede ser practicable todavía en un ambiente social donde la tolerancia es un elemento constitutivo de las relaciones personales, económicas y políticas, pero pone en peligro la mera idea de la curación e inclusive la misma existencia del psicoanálisis cuando la sociedad no puede permitir ya esa tolerancia. La actitud afirmativa hacia la aspiración a la felicidad se hace practicable, entonces, solamente si la felicidad y el desenvolvimiento “productivo” de la personalidad son redefinidos para que puedan ser compatibles con los valores prevalecientes, o lo que es lo mismo, si son interanalizados e idealizados. Y esta redefinición debe a continuación provocar un debilitamiento del contenido explosivo de la teoría psicoanalítica lo mismo que de su explosiva crítica social. Si éste es en realidad (como el autor cree) el camino que ha tomado el revisionismo, esto se debe a la dinámica social objetiva del periodo: en una sociedad antiliberal, la felicidad individual y el desarrollo productivo están en contradicción con la sociedad; si son definidos como valores a realizarse dentro de esa sociedad, se convierten por sí mismos en represivos.

La siguiente discusión se refiere sólo a los últimos estados de la psicología neofreudiana donde los caracteres regre-



— Afrodita
“el amor en nuestra cultura puede y debe ser practicado como una sexualidad inhibida”

sivos del movimiento aparecen como predominantes. La discusión no tiene otro propósito que hacer notar, por contraste, las implicaciones críticas de la teoría psicoanalítica enfatizadas en los capítulos precedentes de este estudio; los méritos terapéuticos de la escuela revisionista están completamente fuera de los límites de esta discusión.

Esta limitación está reforzada no sólo por mi propia falta de preparación, sino también por una discrepancia entre la teoría y la terapia inherente al psicoanálisis en sí mismo. Freud se daba perfecta cuenta de esta discrepancia, que puede ser formulada —simplificándola— como sigue: mientras la teoría psicoanalítica reconoce que la enfermedad del individuo es en última instancia provocada y sostenida por la enfermedad de su civilización, la terapia psicoanalítica aspira a curar al individuo para que pueda seguir funcionando como parte de esta civilización sin someterse a ella al mismo tiempo. La aceptación del Principio de la Realidad, con la que termina la terapia psicoanalítica, significa para el individuo la aceptación de la regimentación civilizada de sus necesidades instintivas, especialmente en el terreno de la sexualidad.

En la teoría de Freud, la civilización aparece como establecida en contradicción con los instintos primarios y con el Principio del Placer. Pero el último sobrevive en el Id, y el Ego civilizado debe pelear permanentemente contra su propio pasado fuera del tiempo y contra su naturaleza prohibida. Teóricamente, la diferencia entre la salud mental y la neurosis consiste solamente en el grado y la efectividad de la renuncia: la salud mental consiste en una resignación eficiente y exitosa — normalmente tan eficiente que se presenta como una moderada y feliz satisfacción. La normalidad es una condición precaria: Tanto la neurosis como la psicosis son una expresión de la rebelión del Id contra el mundo exterior, una expresión de su 'dolorosa' falta de voluntad de adaptarse a sí mismo a la necesidad — de *ananke*, o, si uno lo prefiere, de su incapacidad para hacerlo.⁹ Esta rebelión, aunque originada en la "naturaleza" instintiva del hombre, es una enfermedad que tiene que ser curada — no solamente porque está contra un desesperanzado poder superior, sino porque está contra la "necesidad". La represión, la infelicidad *deben existir* si la civilización debe prevalecer. La "meta" del Principio del Placer, o sea, "ser feliz", "no es alcanzable",¹⁰ aunque los esfuerzos por alcanzarla no deben y no pueden ser abandonados. En último análisis, la pregunta es sólo cuánta resignación puede soportar el individuo sin explotar. En este sentido, la terapia es un curso de resignación: se ganaría mucho si tuviéramos éxito en el intento de "transformar nuestra miseria histórica en felicidad cotidiana" lo que es el destino común de la humanidad.¹¹ Esta aspiración no debe (o no debería) implicar, desde luego, que el paciente llegue a ser capaz de adaptarse completamente a un ambiente represivo para sus aspiraciones maduras y sus capacidades; sin embargo, el analista, como médico, tiene que aceptar el marco social de hechos en que el paciente tiene que vivir y que el analista no puede cambiar.

El irreductible centro de conformidad es fortalecido, además, por la convicción de Freud de que las bases represivas de la civilización no pueden ser cambiadas de ningún modo — ni siquiera en la escala social del supra-individuo. Consecuentemente las percepciones críticas del psicoanálisis alcanzan su máxima fuerza sólo en el campo de la teoría — y quizás particularmente en las partes en que la teoría está más alejada de la terapia: en la "metapsicología" de Freud. La escuela revisionista ha borrado esta discrepancia entre la teoría y la terapia asimilando la primera a la última. Esta asimilación se llevó a cabo de dos maneras: primero los conceptos más especulativos y "metafísicos" que no fueran sometidos a ninguna verificación clínica (tales como el Instinto de la Muerte; la hipótesis de la Horda Original, el asesinato del padre original y sus consecuencias) fueron minimizados o descartados enteramente. Lo que es más, en el proceso algunos de los más decisivos conceptos de Freud (la relación entre el Id y el Ego, la función del inconsciente, el alcance y el significado de la sexualidad) fueron redefinidos de tal manera que sus explosivas connotaciones quedaron completamente eliminadas. La profunda dimensión del conflicto entre el individuo y su sociedad, entre la estructura instintiva y el campo de la conciencia fue allanada. El psicoanálisis fue reorientado hacia la tradicional psicología-consciente de textura prefreudiana.¹² El derecho a realizar tal reorientación en favor de una terapia posible de éxito y práctica no es examinado aquí; pero los revisionistas han convertido la eliminación de la teoría freudiana en una nueva teoría, y sólo el significado de esa teoría va a ser discutido aquí. La discusión hará a un lado las diferencias entre los varios grupos revisionistas y se concentrará en la actitud teórica común a todos ellos. Está extraída de las obras más representativas



Un curso de Charcot en la Salpêtrière



A. A. Brill, Jones, Ferenczi, Freud, Hall y Jung (1909)

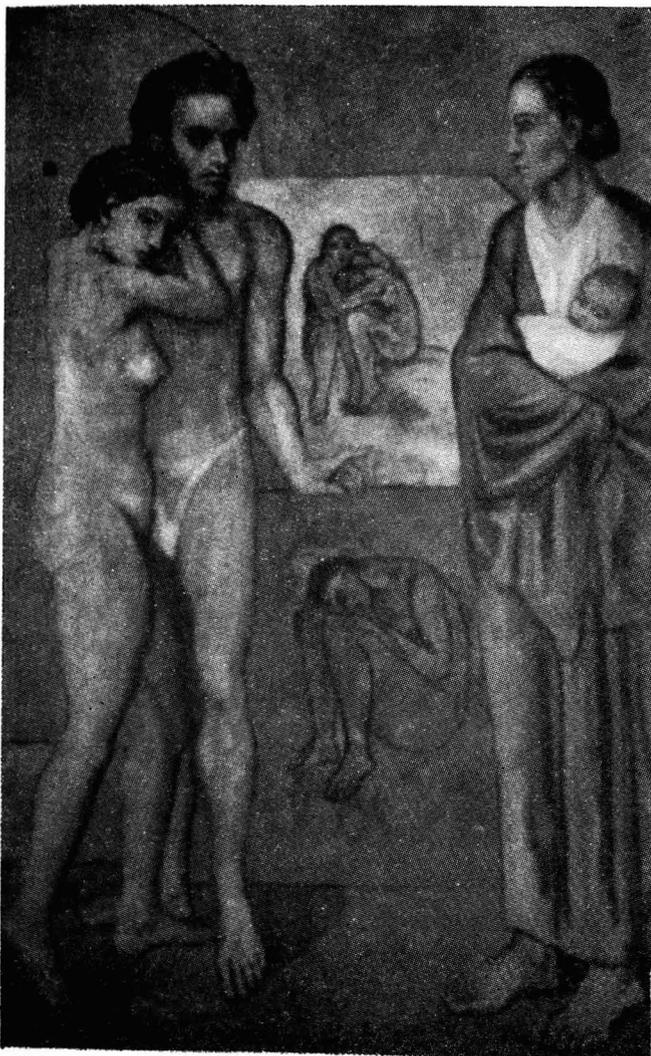
de Erich Fromm, Karen Horney y Harry Stack Sullivan; se toma a Clara Thompson como la historiadora más representativa de los revisionistas.¹³

Las principales objeciones de los revisionistas a Freud pueden ser resumidas como sigue: Freud ha subestimado grandemente el grado en el cual el individuo y su neurosis están determinados por conflictos con su medio ambiente. La "orientación biológica" de Freud lo llevó a concentrarse en el *pasado* filogenético y ontogenético del individuo: él consideraba que el carácter quedaba esencialmente fijado al quinto o sexto año (si no antes) e interpretó el destino del individuo dentro de los términos de los instintos primarios y sus vicisitudes, especialmente la sexualidad. Al contrario, los revisionistas deslizan el énfasis "del pasado al presente",¹⁴ del nivel biológico al cultural, de la "constitución" del individuo al ambiente.¹⁵ "Uno puede entender mejor el desarrollo biológico si descarta enteramente el concepto de la libido" y en su lugar interpreta los diferentes estados "en términos de crecimiento y de relaciones humanas".¹⁶ Entonces, el sujeto del psicoanálisis se transforma en la "personalidad total" y su "relación con el mundo", y los "aspectos constructivos del individuo", sus "potencialidades productivas y positivas" reciben la atención que merecen. Freud no vio que la enfermedad, el tratamiento y la cura son un problema de "relaciones interpersonales" en el que personalidades totales están comprometidas en ambos lados. La concepción de Freud es predominantemente relativista; él supuso que la psicología puede "ayudarnos a entender la motivación de los juicios de valor, pero no puede ayudarnos a establecer la validez de los juicios de valor en sí mismos".¹⁷ Consecuentemente, su psicología no contiene ninguna ética o sólo su ética personal. Lo que es más, Freud tenía un concepto "estático" de la sociedad y pensaba que la sociedad se desarrollaba como "un mecanismo para controlar los instintos del hombre", mientras que los revisionistas saben "por el estudio comparado de las culturas" que "el hombre no está biológicamente dotado de peligrosos impulsos animales fijos y que la única función de la sociedad no es controlarlos". Ellos insisten en que la sociedad "no es un grupo estático de leyes instituidas en el pasado, en la época del asesinato del padre original, sino

una red creciente, cambiante y en desarrollo de experiencias interpersonales y formas de conducta". A esto, se agregan las siguientes percepciones:

Uno no puede llegar a ser un ser humano más que a través de la experiencia cultural. La sociedad crea nuevas necesidades en la gente. Algunas de las nuevas necesidades avanzan en una dirección constructiva y estimulan desarrollos ulteriores. De esta procedencia son las ideas de la justicia, la igualdad y la cooperación. Algunas de las nuevas necesidades avanzan en una dirección destructiva y no son buenas para el hombre. La competencia en el comercio y la despiadada explotación del desamparado son ejemplos de los productos destructivos de la cultura. Cuando los elementos destructivos predominan, tenemos una situación que provoca la guerra.¹⁸

Este pasaje puede servir como punto de partida para ejemplificar la declinación de la teoría en las escuelas revisionistas. Antes que nada encontramos la elaboración de lo obvio, de la sabiduría rutinaria. Luego, la adición de conceptos sociológicos. En Freud, éstos aparecen y son desarrollados como resultado de los conceptos básicos; aquí, brotan como incomprensibles factores externos. Hay además la distinción entre bueno y malo, constructivo y destructivo (el productivo e improductivo, positivo y negativo de Fromm), que no es derivada de ningún principio teórico, sino simplemente tomada de la ideología prevaiente. Por esta razón, la diferenciación es meramente ecléctica, ajena a la teoría, y equivalente a la conformista "acentuación de lo positivo"; Freud tenía razón, la vida es mala, represiva, destructiva — pero no es *tan* mala, destructiva y represiva; también hay aspectos constructivos, productivos. La sociedad no es solamente esto, sino también aquello; el hombre no sólo está contra sí mismo, sino también por sí mismo. Estas diferenciaciones no tienen sentido y —como trataremos de demostrar— inclusive están equivocadas a menos que la tarea (que Freud cargó sobre sí mismo) sea cumplida: demostrar cómo, bajo el impacto de la civilización, los dos "aspectos" están interrelacionados en lo instintivo dinámico en sí mismo, y cómo el uno inevitablemente se vierte en el otro por medio de esta dinámica. Como resultado de esta demostración, el mejoramiento revisionista a la parcialidad de Freud, es una confusa eliminación de su concepción teórica



—Picasso: La vida
"los especímenes del género se enfrentan unos a otros"

fundamental. Sin embargo, el término eclecticismo no expresa adecuadamente la sustancia de la filosofía revisionista. Sus consecuencias para la teoría psicoanalítica son mucho más graves: la "suplementación" revisionista de la teoría freudiana, especialmente su adición de los factores culturales y del medio ambiente, consagran una imagen falsa de la civilización y particularmente de la sociedad actual. Al minimizar la extensión y la profundidad del conflicto, los revisionistas proclaman una solución falsa pero fácil. Aquí sólo daremos una breve ilustración:

Una de las más fomentadas demandas de los revisionistas es que la "personalidad total" del individuo, antes de su primera infancia o su estructura biológica o su condición psicosomática, sea hecha el sujeto del psicoanálisis:

La infinita diversidad de personalidades es en sí misma característica de la existencia humana. Por personalidad entiendo la totalidad de las cualidades psíquicas heredadas o adquiridas que son características de un individuo y que hacen al individuo único.¹⁹

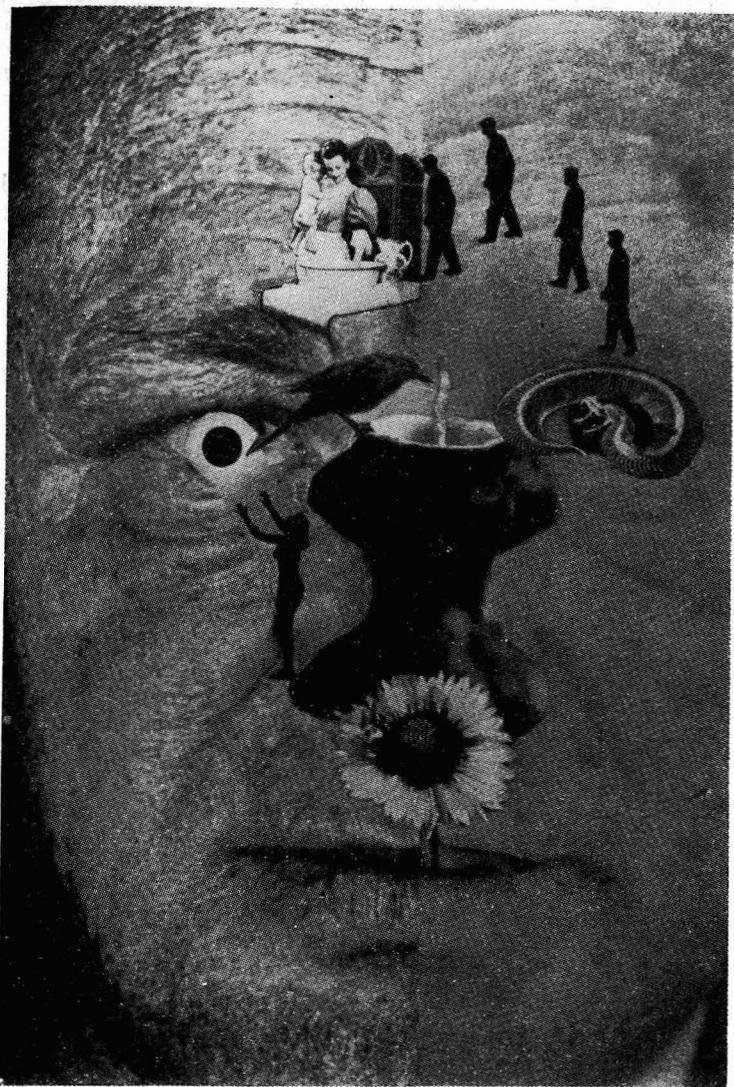
Creo que es claro que la concepción de Freud de la contratransferencia tiene que ser separada de la concepción actual del análisis como un proceso interpersonal. En la situación interpersonal, el analista es visto como relacionado con su paciente, no sólo con sus falseados afectos, sino con su personalidad saludable también. Esto es, la situación analítica es esencialmente una relación humana...²⁰

La preconcepción a la que soy llevado es ésta: la personalidad tiende hacia el estado que podemos llamar salud mental o éxito ajustativo interpersonal por medio de la no resistencia de la cultura. La dirección básica del organismo es hacia adelante.²¹

Las páginas anteriores prueban la confusión entre la ideología y la realidad prevaiente en las escuelas revisionistas. Es verdad que el hombre se presenta como un individuo que "integra" una diversidad de cualidades heredadas y adquiridas dentro de una personalidad total, y que la última se desarrolla al relacionarse a sí misma con el mundo (las cosas y la gente) bajo diversas y variantes condiciones. Pero esta personalidad y su desarrollo son preformadas hacia adentro en la profunda estructura instintiva, y esta preformación, obra de las civilizaciones acumuladas, produce la diversidad y la autonomía del fenómeno secundario del "crecimiento" individual. El grado de realidad que está detrás de la individualidad depende de la dimensión, la forma y la efectividad de los controles represivos prevaientes en el estado respectivo de la civilización. La personalidad autónoma, en el sentido de la "unicidad" creativa y la plenitud de su existencia, ha sido siempre el privilegio de unos cuantos.

En el presente estado, la personalidad tiende hacia un sistema de reacción generalizada establecido por la jerarquía del poder y por su aparato técnico, intelectual y cultural. El analista y su paciente comparten esta alienación, y puesto que por lo general no se manifiesta a sí misma en ningún síntoma neurótico, sino como el sello de la "salud mental", no aparece en la conciencia revisionista. Cuando se discute el proceso de alienación, se le trata usualmente, no como la totalidad que es, sino como un aspecto negativo de la totalidad. Con toda seguridad, la personalidad no ha desaparecido (ésta sería una formulación fatalmente equivocada): sigue floreciendo, es inclusive fomentada y educada, pero de una manera tal que las expresiones de la personalidad se acomodan y sostienen el deseado sistema social de conducta y pensamiento. Así, ellos tienden a anular la personalidad. Este proceso ha sido completado en la "cultura de masas" de la civilización industrial final, corrompe el concepto de las relaciones interpersonales si implica algo más que el innegable hecho de que todas las relaciones en las que el ser humano se encuentra a sí mismo son relaciones con otras personas o con abstracciones de ellas. Si, más allá de esta evidente verdad, el concepto implica algo más, o sea, que "dos o más personas pueden definir una situación integrada" que está hecha de "individuos", las implicaciones son falaces. Porque las situaciones individuales son las derivaciones y las apariencias del destino *general*, y, como Freud lo ha demostrado, es el último el que contiene la clave para el destino de lo individual; la represión general conforma lo individual y universaliza inclusive sus rasgos más personales.

De acuerdo con esto, la teoría de Freud es consistentemente orientada hacia la primera infancia — el período de formación del destino universal en el individuo. Las relaciones maduras subsecuentes "recrean" las formativas. Así, las relaciones definitivas son aquellas que son las *menos* interpersonales. En un mundo alienado, los especímenes del género se enfrentan



"Freud destruye las ilusiones tradicionales de la ética idealista"

unos a otros: padre-hijo, macho-hembra; como resultado de esto, también se enfrentan el dueño-sirviente, el jefe-empleado; están interrelacionados desde el principio en moldes específicos de la alienación universal. Cuando deja de ser así y las relaciones se desarrollan dentro de verdaderas relaciones personales, permanece todavía la represión universal, que ellos sobrepasan como su aspecto negativo aceptado. Entonces, no necesitan tratamiento.

El psicoanálisis elucida lo universal en la experiencia individual. En ese sentido, y sólo en ese sentido puede el psicoanálisis romper la estratificación en la que las relaciones humanas están petrificadas. Los revisionistas son incapaces de reconocer, o incapaces de extraer las consecuencias del estado actual de alienación que vierte a la persona dentro de una función intercambiable y la personalidad dentro de una ideología. En contraste, los conceptos "biológicos" básicos de Freud van más allá de la ideología y sus reflejos: su negativa a tratar a la sociedad estratificada como una "red en desarrollo de experiencias y conductas interpersonales" corresponde a la realidad. Si él evita considerar la existencia inhumana como un aspecto negativo temporal de la humanidad en progreso, es más humano que la bien intencionada tolerancia de sus críticos que se escandalizan de su frialdad "inhumana". Freud no se apresura a creer que "la dirección básica del organismo es hacia adelante". Inclusive sin la hipótesis del Instinto de la Muerte y la naturaleza conservativa de los instintos, la proposición de Sullivan es trivial y dudosa. La dirección "básica" del organismo se presenta bastante diferente en los persistentes impulsos hacia la liberación de la tensión, hacia la realización, el descanso, la pasividad. Las tendencias sadomasoquistas difícilmente pueden ser asociadas con una dirección hacia adelante en la salud mental; a no ser que "hacia adelante" y "salud mental" sean redefinidos para significar casi lo opuesto de lo que representan en nuestro orden social; "un orden social que es en ciertos aspectos inadecuado en gran parte para el desarrollo de seres humanos saludables y felices".²² Sullivan no realiza esa redefinición; hace que sus conceptos se acomoden en el conformismo:

La persona que cree que *voluntariamente* se desprendió de sus primeras amarras y aceptó *por elección* nuevos

dogmas, en los cuales se ha adoctrinado a sí mismo diligentemente, es con toda seguridad una persona que ha sufrido de gran inseguridad. Es a menudo una persona cuya organización personal es derogativa y llena de odio. El nuevo movimiento le ha dado apoyo colectivo para la expresión de antiguas hostilidades personales que son dirigidas ahora contra el grupo del cual proviene. La nueva ideología racionaliza la actividad destructiva de tal manera que parece casi, si no totalmente, constructiva. La nueva ideología es especialmente paliativa para los conflictos por medio de sus promesas de un mundo mejor, que se levantará de las ruinas a las que debe ser reducido el orden actual. En esta Utopía, la persona y sus compañeros serán buenos y amables, pues no habrá más injusticia, y demás tonterías. Si su grupo se encuentra entre los más radicales, la actividad de la memoria más remota en la síntesis de decisiones y elecciones puede ser suprimida casi completamente, y la actividad del ensueño que anticipa el porvenir, canalizada rígidamente dentro de las normas dogmáticas. En este caso, excepto en sus relaciones con sus compañeros radicales, el hombre puede actuar como si hubiera adquirido el tipo psicopático de personalidad discutido en la tercera lectura. Demuestra una frágil comprensión de su propia realidad o la de los demás y sus actos están controlados por el más inmediato oportunismo, sin consideraciones sobre el futuro probable.²³

La idea de que la inseguridad era racional y razonable, que la propia organización de los otros en lugar de la suya era derogatoria y llena de odio, que la destructividad incluida en el nuevo dogma podía ser en realidad constructiva en tanto que aspiraba a un estado más alto de realización no se le ocurre a Sullivan. Esta psicología no tiene otras medidas de valor que las prevalecientes: la salud, la madurez, las realizaciones son tomadas tal como son definidas por una sociedad dada — a pesar de que Sullivan es consciente de que en nuestra cultura, la madurez "a menudo no es más que exclusivamente el reflejo del nivel socioeconómico propio y sus proyecciones semejantes".²⁴

Un profundo conformismo gobierna esta psicología, que supone que todos aquellos que "se desprendieron de sus primeras amarras" y llegaron a ser "radicales" son neuróticos (la descripción citada anteriormente corresponde a todos, desde Jesús hasta Lenin, desde Sócrates hasta Giordano Bruno) y que identifica casi automáticamente "la promesa de un mundo mejor" con la Utopía, su esencia con el "ensueño" y el sueño sagrado de la humanidad de justicia para todos con el resentimiento personal (no más injusticia "para ellos") de tipos desajustados. Esta "operación" de identificación de la salud mental con el "éxito ajustativo" y el progreso elimina todas las reservas con las que Freud cercó el objetivo terapéutico de adaptación a una sociedad inhumana²⁵ y así compromete el psicoanálisis con esa sociedad mucho más de lo que Freud lo hizo nunca.

Detrás de todas las diferencias entre las formas históricas de la sociedad, Freud había visto la básica inhumanidad común a todas ellas, y los controles represivos que perpetúan, en la misma estructura instintiva, la dominación del hombre por el hombre. Gracias a esta penetración, el "concepto estático de la sociedad" está más cerca de la verdad que los conceptos sociológicos dinámicos proporcionados por los revisionistas. La idea de que la "civilización y sus descontentos" tiene sus raíces en la constitución biológica del hombre influyó profundamente los conceptos de Freud sobre la función y la meta de la terapia. La personalidad que el individuo va a desarrollar, las potencialidades que está para realizar, la felicidad que puede obtener, están reglamentadas desde el principio y su contenido sólo puede ser definido en términos de esta reglamentación. Freud destruye las ilusiones tradicionales de la ética idealista: la "personalidad" no es más que un individuo "roto" que ha internalizado y utilizado con éxito la represión y la agresión. Considerando lo que la civilización ha hecho del hombre, la diferencia en el desarrollo de la personalidad es meramente la que hay entre un reparto sin proporción y otro proporcionado de esa "infelicidad cotidiana" que es el destino común de toda la humanidad. Lo último es todo lo que la terapia puede lograr.

Por encima y contra tal "programa mínimo", Erich Fromm y los demás revisionistas proclaman una meta más alta para la terapia: "el desarrollo óptimo de sus potencialidades personales y la realización de su individualidad". Ahora es precisamente esa meta la que es inalcanzable, no por las limita-

ciones de la técnica psicoanalítica, sino porque la civilización establecida en sí misma, en su estructura esencial, la niega. O se define la "personalidad" y la "individualidad" en términos de sus posibilidades *dentro* de una forma establecida de civilización, y entonces su realización es para la inmensa mayoría equivalente al éxito en la adaptación, o se las define en términos de su contenido trascendente, incluyendo sus potencialidades negadas por la sociedad por encima (y por debajo) de su existencia actual. En este caso, su realización llevaría a una transgresión más allá de las formas establecidas de la civilización y a formas radicalmente nuevas de "personalidad" e "individualidad" incompatibles con las prevalecientes. Hoy, esto significaría "curar" al paciente para convertirlo en un rebelde o (lo que es lo mismo), en un mártir. El concepto revisionista vacila entre estas dos definiciones. Fromm rescita todos los eternamente elogiados valores de la ética idealista como si nadie hubiera demostrado sus características conformistas y represivas. Habla de la realización productiva de la personalidad, el cuidado, la responsabilidad y el respeto a nuestros semejantes, del amor productivo y la felicidad, como si el hombre pudiera practicar actualmente todo esto y todavía permanecer sano y lleno de "bienestar" en una sociedad que el mismo Fromm describe como una sociedad de alienación total, dominada por las relaciones de interés del "mercado". En tal sociedad, la realización propia de la "personalidad" sólo puede darse basándose en una doble represión: primero, la "purificación" del Principio del Placer y la internalización de la felicidad y la libertad; segundo, su razonable restricción hasta que lleguen a ser compatibles con la infelicidad y la falta de libertad prevalecientes. Como resultado, la productividad, el amor, la responsabilidad llegan a ser "valores" sólo en la medida en que contengan una resignación manuable y sean practicados dentro del marco de las actividades sociales útiles —en otras palabras: después de la sublimación represiva— y entonces incluyen la negación efectiva de la productividad libre y la responsabilidad: la renuncia a la felicidad. Por ejemplo: la productividad, proclamada como una meta para el individuo saludable debe normalmente (esto es, fuera de las creativas "neuróticas" y "ex-céntricas" excepciones) mostrarse eficaz en los buenos negocios, la administración, los servicios, con la razonable suposición de un éxito reconocido. El amor debe basarse en una libido semi-sublimada e inclusive inhibida, puesto en fila dentro de las condiciones sancionadas impuestas a la sexualidad. Este es el significado aceptado, "realista", de la productividad y el amor. Pero los mismos términos también implican la *libre* realización del hombre, o la idea de tal realización. El uso revisionista de estos términos juega sobre esta ambigüedad que designa al mismo tiempo tanto las libres como las carentes de libertad, las mutiladas y las integradas facultades del hombre, invistiendo así el Principio de la Realidad establecido con la grandeza de promesas que pueden cumplirse sólo *más allá* de este Principio de la Realidad.

Esta ambigüedad hace aparecer a la filosofía revisionista, crítica donde es conformista, política donde es moralista. A menudo, el *estilo* mismo traiciona esta actitud. Sería revelador hacer un análisis comparativo del *estilo* freudiano y el neofreudiano. El último, en los escritos más filosóficos, se acerca frecuentemente al estilo de los sermones o los líderes obreros; es elevado y sin embargo, claro; infundado de buen sentido y tolerancia y, sin embargo, impulsado por un *esprit de sérieux* que convierte los valores trascendentales en hechos de todos los días. Lo que ha llegado a ser un engaño es tomado como real. En contraste, hay un fuerte tono interior de ironía en el empleo por parte de Freud de palabras como "libertad", "felicidad", "personalidad" — en él, estos términos parecen tener el sello de citas invisibles o su contenido negativo es señalado explícitamente. Freud se niega a llamar a la represión con ningún otro nombre; los neofreudianos algunas veces la subliman convirtiéndola en su contrario.

Pero la combinación revisionista del psicoanálisis con la ética idealista no es simplemente una glorificación del ajustamiento. La orientación "sociológica" o "cultural" proporciona el otro lado del cuadro — "el no solamente sino también". La terapia de ajustamiento es rechazada con los términos más fuertes; ²⁶ la "deificación" del éxito es denunciada. ²⁷ La sociedad y la cultura actual son acusadas de impedir en gran medida la realización de la persona saludable y madura; el principio de la "competencia y la hostilidad potencial que lo acompaña atraviesa todas las relaciones humanas". ²⁸ Los revisionistas alegan que su psicoanálisis es en sí mismo una *crítica* a la sociedad:

El propósito de la "escuela cultural" va más allá de capacitar meramente al hombre para someterse a las

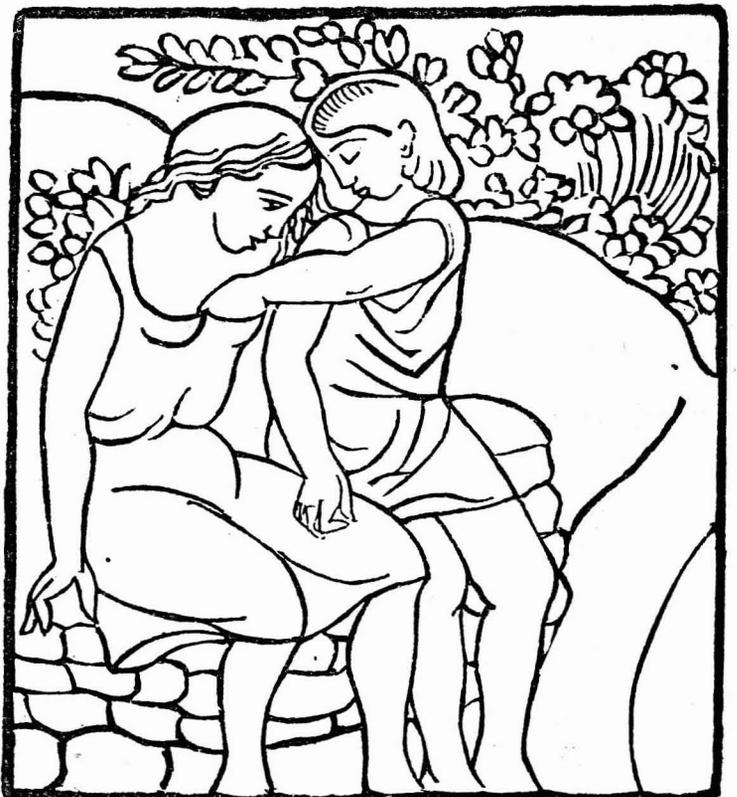
restricciones de su sociedad; hasta donde es posible, aspira a liberarlo de sus demandas irracionales y hacerlo más capaz de desarrollar sus potencialidades y asumir la guía en la creación de una sociedad más constructiva. ²⁹

La tensión entre la salud y el conocimiento, la normalidad y la libertad, que inspira toda la obra de Freud, desaparece aquí; la calificación "hasta donde sea posible" es el único rastro dejado de la explosiva contradicción en la meta. "La guía en la creación de una sociedad más constructiva" va a ser combinada con el funcionamiento normal de la sociedad establecida. La filosofía se logra dirigiendo la crítica contra los fenómenos superficiales, mientras se aceptan las premisas básicas de la sociedad criticada. Fromm dedica una gran parte de su obra a la crítica de la "economía de mercado" y su ideología, que levanta fuertes barreras al camino del desarrollo productivo. ³⁰ Pero sólo llega hasta ahí. La penetración crítica no lleva a una transvaluación de los valores de la productividad y el "ser más alto" — que son exactamente los valores de la cultura criticada. El carácter de la filosofía revisionista se muestra fuerte en la asimilación de lo positivo y lo negativo, la promesa y su traición. Las afirmaciones absorben a la crítica. Se deja al lector con la convicción de que los "valores más altos" pueden y deben ser practicados dentro de las mismas condiciones que los traicionan — y pueden ser practicados porque el filósofo revisionista los acepta en su forma ajustada e idealizada, sobre los términos del Principio de la Realidad aceptado. Fromm, que ha demostrado los caracteres represivos de la internalización como muy pocos analistas lo han hecho, rescita la ideología de la internalización. La persona "ajustada" es culpada porque ha traicionado al "ser más alto", a los "valores humanos"; por tanto, es perseguida por "el vacío interior y la inseguridad" a pesar de su triunfo en la "batalla por el éxito". Mucho más lejos está la persona que ha alcanzado "fuerza interior e integridad": aunque puede alcanzar menos éxito que su "inescrupuloso vecino",

tendrá seguridad, juicio y objetividad, y esto la hará mucho menos vulnerable a los cambios de fortuna y a la opinión de los demás, y en muchos aspectos aumentará su habilidad para el trabajo constructivo. ³¹

El estilo sugiere el Poder del Pensamiento Positivo * al que la crítica revisionista sucumbe. No son los valores los que son espurios, sino el contexto dentro del que ellos son definidos y proclamados: "fuerza interior" tiene la connotación de esa libertad incondicional que puede ser practicada inclusive atado con cadenas y que el mismo Fromm ha denunciado en su

* El autor se refiere a los libros del Reverendo Padre Peale, conocido creador de panfletos conformistas y tranquilizadores, que han alcanzado un gran éxito.



— Maillol: *Dafnis y Cloe*

"No hay lugar en la vida civilizada para un amor simple y natural"



— Maillol: *Dafnis y Cloe*
“el amor como un largo y doloroso proceso”

análisis de la Reforma. Si los valores de la “fuerza interior y la integridad”³² son supuestamente algo más y diferente que los rasgos de carácter que la sociedad alienada espera de cada buen ciudadano en su negocio (y en este caso sirven meramente para mantener la alienación), deben referirse a una conciencia que ha roto con la alienación así como con sus valores. Pero para esta conciencia estos valores en sí mismos se hacen intolerables porque los reconoce como accesorios de esclavización del hombre. El “ser más alto” reina sobre los impulsos y las aspiraciones domesticadas del individuo que ha sacrificado y ha renunciado a su “ser más bajo”, no solamente en tanto que es incompatible con la civilización, sino también en tanto que es incompatible con la civilización represiva. Esta renunciación puede ser en realidad un paso indispensable en el camino del progreso humano. Sin embargo, la pregunta de Freud sobre si los más altos valores de la cultura no han sido adquiridos a un costo demasiado alto para el individuo debe ser lo suficientemente seria para prescribir al filósofo psicoanalista predicarlos sin revelar su contenido prohibido, sin enseñar lo que han *negado* al individuo. Lo que esta omisión hace a la teoría psicoanalítica puede ser ilustrado comparando la idea de Fromm y de Freud del amor. Fromm escribe:

El amor genuino está enraizado a la productividad y puede ser propiamente llamado, por tanto, ‘amor productivo’. Su esencia es la misma ya sea el de la madre por su hijo, nuestro amor por el hombre, o el amor erótico entre dos individuos... ciertos elementos básicos pueden ser considerados característicos de todas las formas de amor productivo. Ellos son el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento.³³

Compárese con esta formulación ideológica el análisis de Freud, en la superficie instintiva y en el subsuelo del amor, del largo y doloroso proceso en el que la sexualidad con toda su polimorfa perversidad es diluida e inhibida hasta que finalmente se hace susceptible a la fusión con la ternura y el afecto — una fusión que permanece precaria y nunca vence por completo sus elementos destructivos. Compárese el sermón de Fromm sobre el amor con las casi incidentales observaciones de Freud en “La forma más prevaleciente de degradación en la vida erótica”:

... no seremos capaces de negar que la conducta en el amor del hombre de la civilización actual tiene en general el carácter del tipo psíquicamente impotente. En sólo unas cuantas personas cultas las dos corrientes de ternura y sensualidad están estrechamente fundidas en una: casi siempre el hombre siente su actividad sexual

frenada por su respeto por la mujer y sólo desarrolla toda su potencia sexual cuando se encuentra en presencia de un tipo bajo de objeto sexual...³⁴

De acuerdo con Freud, el amor en nuestra cultura, puede y debe ser practicado como una “sexualidad inhibida”, con todos los tabús y las restricciones colocados sobre ella por una sociedad patriarcal monogámica. Más allá de sus manifestaciones legítimas, el amor es destructivo y de ninguna manera conduce a la productividad y al trabajo constructivo. El amor, tomado seriamente, es proscrito:

No hay lugar en la vida dentro de la civilización actual para un amor simple, natural entre dos seres humanos.³⁵

Pero para los revisionistas, el amor, la felicidad y la salud emergen en gran armonía; la civilización no ha provocado entre ellos ningún tipo de conflictos que la persona madura no pueda resolver sin mayores prejuicios.

Una vez que las aspiraciones humanas y su realización son internalizadas y sublimadas al “ser más alto”, los problemas sociales se transforman primordialmente en problemas espirituales, y su solución en una tarea *moral*. La concretividad sociológica de los revisionistas se revela como superficial: las luchas decisivas tienen lugar en el “espíritu” del hombre. El autoritarismo actual y la “deificación de la máquina y del éxito” amenazan a las “más preciosas posesiones espirituales” del hombre.³⁶ La minimización revisionista de la esfera biológica, y especialmente del papel de la sexualidad cambian el énfasis no sólo del inconsciente a la conciencia, del Id al Ego, sino también de las expresiones presublimadas a las sublimadas de la existencia humana. En la medida en que la represión de la gratificación instintiva retrocede hasta el fondo y pierde su importancia decisiva en la realización del hombre, la profundidad de la represión social es reducida. Consecuentemente, el énfasis revisionista sobre la influencia de las “condiciones sociales” en el desarrollo de la personalidad neurótica es sociológica y psicológicamente mucho más inconsecuente que el “menosprecio” de Freud por esas condiciones. La mutilación de los revisionistas de la teoría del instinto lleva a la tradicional devaluación de la esfera de las necesidades materiales en favor de las espirituales. Así, el papel de la sociedad en la reglamentación del hombre es disminuido; y a pesar de la abierta crítica a ciertas instituciones sociales, la sociología revisionista acepta los cimientos sobre los que estas instituciones descansan.

La neurosis aparece, también, esencialmente como un problema *moral*, y se hace al individuo responsable del fracaso de su realización personal. La sociedad, ciertamente, recibe una parte de esta acusación, pero en último análisis, es el hombre mismo quien se encuentra en falta. “Mirando su creación, él puede decir, sinceramente, es buena. Pero mirándose a sí mismo ¿qué puede decir?... Mientras hemos creado cosas maravillosas, hemos fracasado en hacer de nosotros mismos seres para quienes este tremendo esfuerzo merece la pena de realizarse. Nuestra vida no es una vida de hermandad, felicidad, satisfacción, sino una vida de caos espiritual y encantamiento...³⁷ La falta de armonía entre la sociedad y el individuo es citada y abandonada. Cualquiera que sea la acción de la sociedad sobre el individuo, no evita que tanto él como el analista se concentren en la personalidad total y su desarrollo productivo. De acuerdo con Horney, la sociedad crea “ciertas dificultades típicas... que, acumuladas, pueden llevar a la formación de una neurosis”.³⁸ De acuerdo con Fromm, el impacto negativo de la sociedad sobre el individuo es más serio, pero esto es sólo una oportunidad para practicar el amor productivo y el pensamiento productivo. La decisión descansa en la habilidad del hombre “para tomarse a sí mismo, a su vida y su felicidad seriamente; en su voluntad de enfrentarse al problema moral de sí mismo y de su sociedad. Descansa sobre el valor de ser él mismo y ser para sí mismo”.³⁹ En el periodo de totalitarismo, cuando el individuo ha llegado a ser tan completamente el sujeto-objeto de manipulación que, para la persona “saludable y normal”, inclusive la idea de una distinción entre ser “para sí mismo” y “para los demás” ha llegado a carecer de sentido, donde el omnipotente aparato social castiga la inconformidad real con el ridículo y la derrota, el filósofo neofreudiano le dice al individuo que sea él mismo y para sí mismo. Para los revisionistas, el hecho brutal de la represión social se ha transformado en un “problema moral” — como ha pasado en la filosofía conformista de todas las épocas. Y mientras el dato clínico de la neurosis llega a ser “en último análisis, un síntoma de fracaso moral”,⁴⁰ la “cura psicoanalítica del espíritu” se convierte en educación de acuerdo con una actitud “religiosa”.⁴¹

El escape desde el psicoanálisis hasta la ética y la religión internalizadas es la consecuencia de la revisión de la teoría psicoanalítica. Si la "herida" en la existencia humana no opera en la constitución biológica del hombre, y si no es provocada y mantenida por la misma estructura de la civilización, la profunda dimensión es sacada de debajo del psicoanálisis, y los conflictos (ontogenéticos y filogenéticos) entre las fuerzas pre y supra individuales aparecen como un problema entre la conducta racional o irracional, moral o inmoral de los individuos conscientes. La esencia de la teoría psicoanalítica yace no simplemente en el descubrimiento del papel del inconsciente, sino en la descripción de su dinámica instintiva específica, de las vicisitudes de los dos instintos básicos. Sólo la historia de estas vicisitudes revela toda la profundidad de la opresión que la civilización impone sobre el hombre. Si la sexualidad no juega el papel constitucional que Freud le atribuye, no hay ningún conflicto fundamental entre el Principio del Placer y el Principio de la Realidad; la naturaleza instintiva del hombre es "purificada" y adaptada para alcanzar, sin mutilación, utilidad social y felicidad reconocida. Fue precisamente porque vio en la sexualidad la fuerza representativa del Principio del Placer integral, que Freud fue capaz de descubrir las raíces comunes de la infelicidad "general" tanto como de la neurótica en una profundidad mucho más allá de toda experiencia individual, y fue capaz de reconocer una primaria represión "constitucional" subrayando todas las represiones experimentadas conscientemente y administradas. Él tomó este descubrimiento muy seriamente — demasiado seriamente para poder identificar la felicidad con su sublimación eficiente en actividades productivas. Por tanto, él consideraba la civilización orientada hacia la realización de la felicidad como una catástrofe, como el final de toda civilización. Para Freud, un mundo entero separa a la libertad y la felicidad auténticas de sus falsos sinónimos, que son practicados y predicados en una civilización represiva. Los revisionistas no tienen este problema. Puesto que han espiritualizado la libertad y la felicidad, pueden decir que "el problema de la producción ha sido virtualmente resuelto":⁴²

Nunca antes había estado el hombre tan cerca como hoy de la realización de sus más caras esperanzas. Nuestros descubrimientos científicos y logros técnicos nos permiten visualizar el día en que la mesa será puesta para todos los que quieran comer...⁴³

Estas declaraciones son verdaderas — pero sólo a la luz de su contradicción: precisamente porque el hombre nunca había estado tan cerca de la realización de sus esperanzas, nunca había estado tan estrictamente constreñido para realizarlas; precisamente porque podemos visualizar la satisfacción universal de las necesidades individuales, los más fuertes obstáculos son colocados en el camino de esa satisfacción. Sólo si el análisis sociológico dilucida esta conexión, va más allá de Freud; de otra manera, es meramente un adorno inconsecuente, pagado a expensas de la mutilación de la teoría de los instintos de Freud. Freud ha establecido una liga sustantiva entre la libertad y la felicidad humana por un lado y la sexualidad por el otro. La última provee la fuente original para la primera y al mismo tiempo la base para su necesaria restricción en la civilización. La solución revisionista del conflicto mediante la espiritualización de la libertad y la felicidad exige el debilitamiento de la liga. No importa hasta qué grado los hallazgos terapéuticos motiven la reducción teórica del papel de la sexualidad, esa reducción era indispensable para la filosofía revisionista.

(Aquí sigue una breve discusión del concepto neofreudiano de la sexualidad y del complejo de Édipo: en la interpretación revisionista, este campo es presentado sin exponer zonas peligrosas instintivas de la sociedad.)

El mismo resultado benéfico se obtiene por el rechazo del Instinto de la Muerte. La hipótesis del Instinto de la Muerte y su papel en la agresión civilizada arroja luz sobre uno de los más descuidados enigmas de la civilización: revela la escondida liga inconsciente que ata a los oprimidos con sus opresores, a los soldados con sus generales, a los individuos con sus amos. Las destrucciones totales que enmarcaron el progreso de la civilización dentro del marco de la dominación fueron perpetuadas, teniendo enfrente su posible abolición, por el acuerdo instintivo en los ejecutores por parte de los instrumentos y víctimas humanas. Freud escribió durante la primera Guerra Mundial:

Piense en la colosal brutalidad, crueldad y mendacidad que se permite extender ahora sobre el mundo civili-

zado. ¿Cree usted realmente que un puñado de belicistas sin principios y corruptores del hombre hubieran tenido éxito en desencadenar toda esta maldad latente, si sus millones de seguidores no fueran culpables también?⁴⁴

Pero los impulsos que esta hipótesis asume son incompatibles con la filosofía moralista del progreso expuesta por los revisionistas. Karen Horney expone brevemente la posición revisionista:

La suposición infundada de Freud (del Instinto de la Muerte) implica que la motivación final de la hostilidad y la destructividad yace en el impulso hacia la destrucción. Así, invierte nuestra creencia de que destruimos para vivir: vivimos para destruir.⁴⁵

Esta versión de la concepción de Freud es incorrecta; él no asume que vivimos para destruir; el instinto de destrucción actúa contra el Instinto de la Vida o a su servicio; lo que es más, el objetivo del Instinto de la Muerte no es la destrucción *per se*, sino la eliminación de la necesidad de destrucción. De acuerdo con Horney, deseamos destruir porque "estamos o nos sentimos en peligro, humillados, explotados", porque queremos defender "nuestra seguridad, nuestra felicidad o lo que se nos aparece como tales". No se necesitaba ninguna teoría psicoanalítica para llegar a estas conclusiones con las que la agresión individual y nacional ha sido justificada desde tiempos inmemoriales. O nuestra seguridad está realmente amenazada, y entonces nuestro deseo de destruir es una reacción sensible y racional; o solamente "sentimos" que está amenazada, y entonces las razones individuales y supraindividuales para este sentimiento tienen que ser exploradas.

El rechazo revisionista del Instinto de la Muerte es acompañado de un argumento que en realidad parece señalar las implicaciones "reaccionarias" de la teoría freudiana, en contraste con la progresiva orientación sociológica de los revisionistas: la suposición de Freud sobre la existencia de un Instinto de la Muerte

paraliza cualquier esfuerzo por investigar en las condiciones culturales específicas las razones que provocan la destructividad. Paraliza también los esfuerzos por cambiar cualesquiera de estas condiciones. Si el hombre es inherentemente destructivo y por consecuencia infeliz, ¿para qué luchar por un futuro mejor?⁴⁶

El argumento revisionista minimiza el grado en el que, en la teoría freudiana, los impulsos son modificables, están sujetos a las "vicisitudes" de la historia. El Instinto de la Muerte y sus derivados no son excepción. Hemos sugerido que la energía del Instinto de la Muerte no debe necesariamente "paralizar" los esfuerzos para alcanzar un "futuro mejor" — al contrario, estos esfuerzos son más bien paralizados por la sistemática restricción que la civilización impone sobre los Instintos de la Vida y por su consecuente falta de habilidad para "sujetar" efectivamente a la agresión. La realización de un "futuro mejor" implica mucho más que la eliminación de las malas características del "mercado", del "sentido despiadado" de la competencia, etc. Implica un cambio fundamental tanto en lo instintivo como en



— Max Ernst: *La horda*
"la hipótesis de la Horda original fue minimizada"



— Godi Hofmann

“la escondida liga inconsciente que ata a los oprimidos con los opresores, a los soldados con sus generales”

la estructura cultural. La lucha por un futuro mejor es paralizada no por el conocimiento por parte de Freud de estas implicaciones, sino por la “espiritualización” neofreudiana, que cubre el agujero que separa al presente del futuro. Freud no creía en realidad en posibles cambios sociales que alterarían suficientemente la naturaleza humana para poder liberar al hombre de la opresión externa e interna. Sin embargo, nosotros tratamos de demostrar que su “fatalismo” no carecía de fundamento.

La mutilación de la teoría del instinto completa el trastrocamiento de la teoría freudiana. La dirección interior de la última iba (en aparente contraste con el “programa terapéutico” del Id al Ego) de la conciencia a la inconciencia, de la personalidad a la infancia, del individuo al proceso genérico. La teoría se movía de la superficie a la profundidad, de la persona “construida” y condicionada a sus fuentes y recursos. Este movimiento era esencial para la *critique* que Freud hace de la civilización: sólo a través de la “regresión” detrás de las formas mistificadoras del individuo maduro y su existencia privada y pública descubrió su negatividad básica en los cimientos sobre los que descansa. Lo que es más, sólo empujando su regresión crítica hasta los más profundos yacimientos biológicos pudo elucidar Freud el contenido oculto de las formas mistificadoras y, al mismo tiempo, el alcance total de la represión civilizada. Identificar la energía de los Instintos de la Vida como libido, significa definir su gratificación en contradicción con el trascendentalismo espiritual: la idea de Freud de la felicidad y la libertad es eminentemente crítica en tanto que es materialista: protesta contra la espiritualización de los deseos. Los neofreudianos trastruecan esta dirección interior de la teoría de Freud, deslizándolo el énfasis del organismo a la personalidad, de los cimientos materiales a los valores ideales. Estas diversas revisiones aparecen ahora con su consistencia lógica: una se vincula con la otra; la totalidad puede ser resumida como sigue: la “orientación cultural” se enfrenta a las instituciones sociales y las relaciones como productos terminados, con la forma de entidades objetivas — hechos dados más que producidos. Su aceptación con esta forma demanda el deslizamiento del énfasis psicológico de la infancia a la madurez, porque sólo en el nivel de la conciencia desarrollada el ambiente cultural se hace definible como elemento determinante del carácter y la personalidad por encima del nivel biológico. Conservando sólo el juego hacia abajo del nivel biológico, la mutilación de la teoría del instinto, hace a la personalidad definible en términos de valores culturales objetivos, divorciados del terreno represivo que niega su realización. Para poder presentar estos valores como libertad y realización, tienen que ser expurgados del material del que fueron hechos, y la lucha por su realización tiene que ser convertida en una lucha espiritual y moral. Los revisionistas no insisten, como Freud lo hizo, en el permanente valor verdadero de las necesidades instintivas que tienen que ser “rotas” para que el ser humano pueda funcionar en las relaciones interpersonales. Al abandonar esta insistencia, de la que la teoría psicoanalista extrajo todas sus percepciones críticas, los revisionistas sucumben a las características negativas del mismo Principio de la Realidad que tan elocuentemente critican.

—Traducción de Juan García Ponce

NOTAS

- 1 Ver Edward Glover, *Freud o Jung*, W. W. Norton, Nueva York, 1950.
- 2 “Sobre el método y la tarea de la Psicología Analítica Social”, en *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. I, 1932, pág. 39 y ss.
- 3 *Ibid.*, pág. 51, 47.
- 4 *Ibid.*, pág. 53.
- 5 *Loc. cit.*, vol. III, 1934.
- 6 *Ibid.*, pág. 215.
- 7 *Loc. cit.*, vol. IV, 1935, pág. 374 y ss.
- 8 *Ibid.*, pág. 395.
- 9 “La pérdida del sentido de la realidad en la neurosis y la psicosis”, en *Ensayos recogidos*, Hogarth Press, Londres, 1950, vol. II, pág. 279.
- 10 *El malestar en la civilización*. Londres. Hogarth Press, 1949, pág. 39.
- 11 Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria*, Monografía sobre las enfermedades nerviosas y mentales. N° 61. Nueva York, 1936. Pág. 232. Ver *Una introducción general al psicoanálisis*. Nueva York, Garden City Publishing Co., 1943, pág. 397 y ss.
- 12 Ver *Nuevas lecturas de introducción al psicoanálisis*, Nueva York. W. W. Norton, 1933, pág. 206.
- 13 Clara Thompson, *Psicoanálisis: su evolución y su desarrollo*. Hermitage House Inc. Nueva York, 1951.
- 14 Thompson. *Loc. cit.*, pág. 15, 182.
- 15 *Ibid.*, pág. 9, 13, 26 y ss., 155.
- 16 *Ibid.*, pág. 42.
- 17 Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*. Rinehart and Co. Nueva York, 1947, pág. 39.
- 18 Thompson. *Loc. cit.*, pág. 143.
- 19 Erich Fromm, *loc. cit.*, pág. 50.
- 20 Clara Thompson, *loc. cit.*, pág. 108.
- 21 Harry Stack Sullivan. *La concepción de la psiquiatría moderna*. William Alanson White. Psychiatric Foundation, Washington, 1947, pág. 48.
- 22 Ernest Beaglehole, “Teoría interpersonal y psicología social”, en *Un estudio sobre relaciones interpersonales*. Ed. Patrick Mullahy.
- 23 Sullivan, *Concepciones de la psiquiatría moderna, loc. cit.*, pág. 96. Ver el artículo de Helen Merrel Lynd en *The Nation*, enero 15, 1949.
- 24 *La teoría interpersonal de la psiquiatría*, W. W. Norton and Co. Nueva York, 1953, pág. 298.
- 25 Ver la declaración de Freud en *Una introducción general al psicoanálisis*, pág. 332-333.
- 26 Fromm, *Psicoanálisis y religión*. Yale University Press, New Haven, 1950, pág. 73 y ss.
- 27 *Ibid.*, pág. 119.
- 28 Karen Horney, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. W. W. Norton and Co. Nueva York, 1937, pág. 284.
- 29 Clara Thompson, *loc. cit.*, pág. 152.
- 30 Fromm, *Ética y psicoanálisis*, esp. pág. 67 y ss., 127 y ss.
- 31 Fromm, *Psicoanálisis y religión*, pág. 75.
- 32 *El miedo a la libertad*, Rinehart and Co. Nueva York, 1941, págs. 74 y ss.
- 33 *Ética y psicoanálisis*, pág. 98.
- 34 *Ensayos escogidos*, vol. IV, pág. 210.
- 35 *El malestar en la civilización*, pág. 77, nota al pie de página.
- 36 Fromm, *Psicoanálisis y religión*, pág. 119.
- 37 *Ibid.*, pág. 1.
- 38 *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, pág. 284.
- 39 *Ética y psicoanálisis*, pág. 250.
- 40 *Ibid.*, pág. VIII.
- 41 *Psicoanálisis y religión*, pág. 76.
- 42 Fromm, *Ética y psicoanálisis*, pág. 140.
- 43 Fromm, *Psicoanálisis y religión*, pág. 1.
- 44 *Una introducción general al psicoanálisis*, pág. 130-131.
- 45 *Nuevos caminos en el psicoanálisis*, pág. 130-131.
- 46 *Ibid.*, pág. 132.